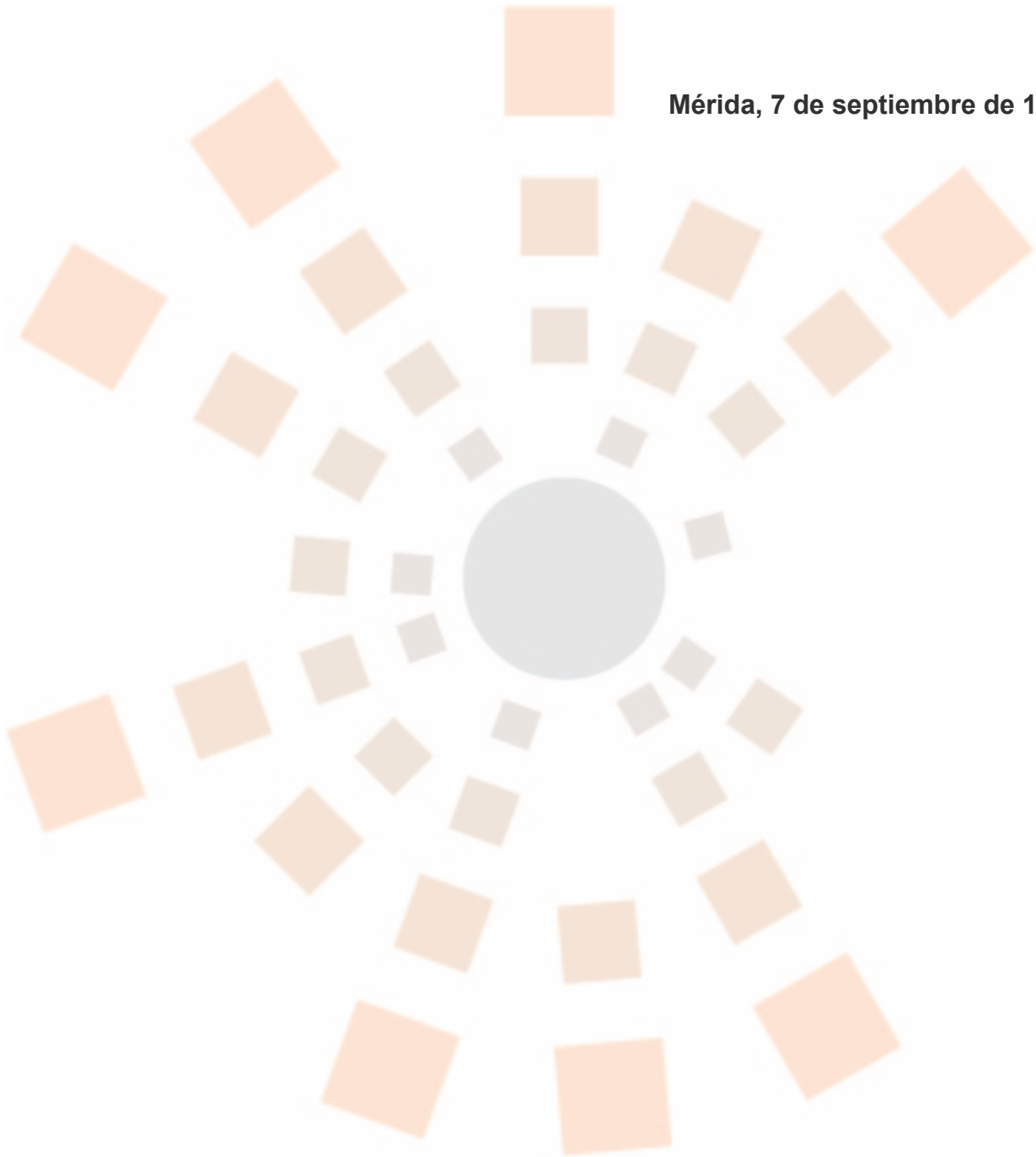


**DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE  
CON MOTIVO DEL EL “DÍA DE EXTREMADURA”**

Mérida, 7 de septiembre de 1999



## **DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON MOTIVO DEL EL “DÍA DE EXTREMADURA”**

**Mérida, 7 de septiembre de 1999**

Hemos entregado hoy la Medalla de Extremadura a un escritor y dramaturgo; a un profesor y científico; a un naturalista y divulgador; y a una veterana institución humanitaria. Por el sencillo y noble motivo de que con su pluma, con su tubo de ensayo, con su cámara y su abnegación han contribuido a hacernos mejores a quienes les rodeamos. Todos nos han ayudado, a su modo, a conocernos mejor.

Mediero porque nos muestra sobre un escenario lo que compartimos todos los hombres y mujeres: nuestras inconsecuencias, ternura, nuestros vicios y virtudes en el espejo.

Viñuela, no sobre las tablas, sino a través del microscopio, también ha escudriñado las partes más inadvertidas de nuestro común sustrato biológico, para defendernos fundamentalmente de la enfermedad.

Araujo, porque enseñándonos de forma rigurosa y amena la belleza que nos rodea, nos pone crudamente ante la responsabilidad colectiva de conservarla, para seguir siendo un eslabón de la interminable cadena.

Y el Hogar de Nazaret, al contrario que Araujo, porque cuida cariñosamente de lo que algunos prefieren no ver a su alrededor; porque asume sobre sí la responsabilidad de la que otros se liberan; porque nos recuerdan que los ángeles son seres muy cercanos, pero muy necesitados.

Solamente Viñuela, el insigne científico, no ha estado hoy entre nosotros para recoger su merecido galardón. En este caso, no es que la Medalla de Extremadura le haya llegado muy tarde, es que la muerte le llegó demasiado pronto.

Los cuatro premiados tienen cosas en común y, también, algunas diferencias. En común tienen que todos y cada uno de ellos trabajan en beneficio de los demás; el dramaturgo escribe teatro para la gente; el naturalista se preocupa de mantener la naturaleza para la gente; el científico investiga para la gente; la institución humanitaria trabaja para la gente. De ahí, que quienes somos receptores, directa o indirectamente, premiemos su trabajo y su trayectoria.

Alguna diferencia sin embargo existe entre los premiados: del dramaturgo intentan beneficiarse los acomodados; del investigador intentan beneficiarse los acomodados; del naturalista recelan los humildes, mientras que la institución humanitaria trabaja para los necesitados.

Desde nuestra perspectiva europea, podríamos llegar a pensar que esta última (la institución Hogar de Nazaret) es la que tiene más restringido el círculo de su actuación, porque en nuestras sociedades opulentas son menos los necesitados que los acomodados. Este error de apreciación es el que nos lleva a vivir despreocupados de las cosas que siguen pasando en la mayor parte del planeta llamado Tierra. Estamos tan ensimismados por las cosas que ocurren a nuestro alrededor, que en ocasiones como ésta, en el pórtico del Día de Extremadura, no está de más extender la mirada hacia los lugares que nos son más lejanos, y que solo cuando les asola alguna desgracia, volvemos la vista hacia ellos.

De vez en cuando, a través del sistema universal de comunicaciones, nos enteramos del sufrimiento que millones de seres humanos padecen desde que nacen hasta que mueren; entonces esa miseria se convierte en mercancía que consumimos los occidentales para felicitarnos de la suerte que hemos tenido por haber nacido en Europa y de lo bien que nos va la vida.

Nos dejamos engañar pensando que todo va mejor y que el paso del tiempo va eliminando las desigualdades entre seres humanos. Recibimos toda clase de instrucciones, por ejemplo, para que nuestra visión no se vea alterada por una incorrecta observación de un eclipse de sol, y los periódicos se hacen eco de las estadísticas resultantes en las retinas dañadas de catorce personas, ocultando que en otras parte del planeta, y sin necesidad de eclipses solares, millones de niños están condenados a la ceguera por falta de la más elemental asistencia médica.

En el año 775, un poeta chino, denunciaba la desigualdad de la época, describiendo la vida en el Pekín de su tiempo:

“Dentro de la corte, un aire perfumado rodea cada figura encantadora; ellas se visten con lanas y sedas; se divierten con fina música de flauta y de cuerda; comen las más finas comidas con naranjas y mandarinas; la carne se pone a asar y el vino a enfriar. En el lado de afuera, están los huesos de los hambrientos que se congelan. Apenas algunos centímetros separan a los ricos de los desposeídos. Esto pone mi corazón a pensar”, concluye el poeta chino.

Y pienso que esas brutales diferencias, lejos de atenuarse, han aumentado con el paso de los siglos, llegando a convertirse en una auténtica vergüenza, para la humanidad, en las postrimerías del siglo que se acaba.

El nacionalismo, cualquiera que sea su definición o su extensión regional o nacional, entró en la historia reculando, mirando hacia atrás, y definiéndose por sus orígenes, falsos en su mayoría, en lugar de por sus objetivos. Y mientras miramos para atrás nos conformamos con vivir de las mentiras que nos transmiten los verdaderos centros de poder: los niños vienen de París, en el pico de las cigüeñas, y la verdad viene de Los Angeles o de Miami en estuches de vídeo.

Esa verdad oficial nos oculta que hoy hay más desigualdades entre los seres humanos que las que existían en los tiempos de los Faraones egipcios o de los Emperadores romanos. Hoy, el consumo de una persona de clase media está radicalmente distante del consumo de los pobres contemporáneos.

Mi hija ha estrenado en sus ocho años de vida más zapatos que los que puede usar en toda su vida una persona de Ruanda.

En algunos telediarios podemos ver, simultáneamente, la noticia del exceso de peso de unos habitantes y el hambre de otros habitantes de ese mismo planeta.

Los ricos disponen de aviones que, en las emergencias, los transportan directamente a hospitales donde la moderna cirugía hace milagros, mientras los pobres del mundo continúan sin medicamentos y sin salud.

La tasa de mortalidad hace mil años era la misma entre ricos y pobres; hoy la mortalidad infantil no existe entre los ricos y las clases medias, mientras llega al sesenta por ciento en los pobres de la tierra.

La esperanza de vida era igual para el rico que para el pobre hace quinientos años. Hoy, es casi dos veces mayor que hace dos siglos para los ricos, mientras que permanece igual que antes entre los pobres.

Antes, unos pocos intelectuales vivían en un mundo de ignorantes y analfabetos. Ahora, los que nacen en el seno de familias acomodadas, recorren la educación hasta la Universidad, mientras que los pobres de los países pobres siguen en el mismo nivel de analfabetismo que hace tres siglos.

Hoy, los ricos y las clases medias disponemos de casas con higiene y aparatos domésticos inimaginables para el más rico rey de la antigüedad, mientras miles de millones de seres humanos siguen viviendo en chabolas, igual que vivían en la antigüedad.

Muchas personas han conquistado el derecho al descanso semanal y a vacaciones. Los pobres del tercer y cuarto mundo, siguen trabajando todos los días hasta que se acaba su corta vida.

Este verano, dos niños guineanos murieron congelados en el tren de aterrizaje de un moderno avión comercial por huir de la miseria. Un ciudadano del siglo XVIII se hubiera asustado al ver atravesando el cielo semejante pájaro de acero; pero su susto no sería nada comparado con la indignación que le hubiera producido comprobar que la poderosa tecnología del siglo XX no sirve para impedir la muerte de esos dos niños y de tantos millones de niños como mueren al cabo del año en el Mundo.

En 1994 se publicó la noticia de que en Brasil se traficaba con niños vivos para ser usados como donantes de órganos. Hoy existe un turismo biológico de personas occidentales que van a la India a transplantarse órganos comprados a personas indigentes. Nadie podría haber imaginado, hace cien años, que se podría haber llegado a transplantar riñones o hígados, pero menos podrían imaginarse esos ciudadanos de hace 100 años que se llegaría a asesinar a niños pobres para salvar la vida de niños ricos.

En el siglo XIX se abolió la esclavitud, pero al final del siglo XX, en Brasil, hay cuatro millones de personas que trabajan, en el campo, solo a cambio de comida.

La deuda externa de los países terceros es una forma de esclavitud. Cuanto más resuenan, en los foros internacionales, los discursos que exaltan la equidad y la justicia, tanto más se derrumban, en los mercados internacionales, los precios de los

productos de esos países, y tanto más suben los intereses del dinero de los países ricos que, con una mano prestan lo que con otra mano roban.

Las pateras que transportan inmigrantes, recuerdan los barcos de esclavos que cruzaban el Atlántico en el siglo XVII; ahora tal vez con más muertos, por naufragio o por devolución a sus países de origen.

Mientras estas y otras muchas cosas ocurren en el mundo, no tenemos ningún pudor en utilizar el término “sociedad abierta” o “economía globalizada” para referirnos a la organización económica mundial. Esta organización se caracteriza por el libre comercio de bienes y servicios y por la libre circulación de capitales. El capital financiero se desplaza allí donde obtiene mejores y más rápidas recompensas.

Hablar de sociedad abierta no deja de ser un sarcasmo y una nefasta utilización del lenguaje por parte de aquellos que con una mano dejan pasar los dólares de un país a otro, y con la otra mano no dejan de colocar más y más alambradas para impedir el paso de seres humanos de los países donde reina la miseria a los países que nadan en opulencia.

Estamos en plena cultura del envase. La cultura del envase desprecia los contenidos. Importa lo que se dice no lo que se hace. “ No se puede permitir la muerte de seres humanos en pleno corazón de Europa” dicen los estadistas europeos, mientras miran para otro lado cuando la masacre y la muerte se produce en otras vísceras menos nobles de la tierra.

Si queremos seguir hablando de “sociedad global” no habrá más remedio que reformar profundamente nuestra forma de organización política, eliminando todas las fronteras y constituyendo un único país llamado Mundo, con una Asamblea legislativa mundial que sustituya a la inoperante Organización de Naciones Unidas, que proteja y defienda los derechos de todos los seres humanos, para que la justicia y la solidaridad sustituyan definitivamente los actos de caridad que, cada pocos meses, hacemos los habitantes de los países a los que tan bien nos ha ido en la vida.

Una organización política como la que imagino resolvería muchos problemas que hoy nos parecen transcendentales, y que no dejan de ser meras elucubraciones sobre el lujo. Terminaríamos con el hambre del mundo, con el sufrimiento de quienes no tienen que esperar a la otra vida para saber lo que es el infierno, con la sistemática violación de los derechos humanos en tantos y tantos lugares del planeta. La sonrisa en la cara de millones de niños protegidos por leyes internacionales sería el justo pago a este esfuerzo de mirar más allá de nuestras propias narices.

Es saludable pelear por el derecho de la mujer a su libertad y a su integridad física, pero la acción no deja de ser incompleta si no prestamos atención y cobertura legal internacional para que millones de mujeres, fuera de nuestro dorado mundo occidental, puedan tener ya esos mismos derechos.

Un mundo así engrandecería nuestra condición de personas y rebajaría nuestra condición de personajes. ¿Qué importancia tendría un Presidente de comunidad autónoma española en un único país de 6000 millones de seres

humanos?. ¿A quién le importaría la convocatoria de unas elecciones autonómicas de un pequeño territorio de un pequeño país llamado España?.

¿Y qué sería el nacionalismo vasco o irlandés o bosnio en esa dimensión política?. Y Ceuta y Melilla, ¿Cuánto espacio ocuparía en los informativos diarios que nos hablarían de temas importantes y trascendentes para nuestra salud mental y democrática?.

Nada hay escrito que nos obligue a comprender el mundo con la actual división geográfica y política actual. Cientos de años llevamos viviendo de esa forma, sin que las diferencias entre los ricos de los países ricos y pobres y los pobres de los países pobres se hayan acordado. Se rompió el telón de acero que separaba a los que vivían en libertad de los que no disfrutaban de ella. Sigue habiendo sin embargo un telón que separa a los que viven en la tierra de los que viven en el infierno. ¿Por qué no luchar para romper ese telón y terminar con tanta miseria, dolor y sufrimiento?. ¿Serían capaces los jóvenes extremeños de liderar, en España, esta utopía que algún día llegará a ser una realidad?. Hay jóvenes en nuestro país que se manifiestan los fines de semana, practicando lo que se denomina “terrorismo de baja intensidad”, para conseguir la independencia de un trocito de terreno, apenas, un puntito en el mapa mundial. ¿Tendrían voluntad los jóvenes extremeños de manifestarse los fines de semana, además de ejercer sus actividades normales de ocio y diversión, practicando el pacifismo de alta intensidad, para conseguir que se abra un debate sobre la globalización humana y para que en las escuelas no vuelvan a enseñarnos eso de que existen varias razas, cuando el sentido común, la inteligencia y el corazón nos dicen que solo existe una única raza humana?.

No se puede seguir permitiendo las diferencias tan abismales que existen entre los seres humanos ahora que empieza un nuevo milenio. Quien no quiera comprometerse políticamente con esta idea, que se comprometa personalmente con su conciencia o con sus creencias religiosas; ¿o es que acaso lo que acabo de exponer ante ustedes, en este pórtico del día de Extremadura, se aleja significativamente del humanismo cristiano?.

Trescientos sesenta y cuatro días del año me ocupo de hablar, pensar y actuar sobre los problemas de nuestra región; no creo haber molestado a nadie por haber dedicado este día de fiesta regional a pensar, hablar y proponer sobre las desigualdades del mundo, y a recordar la penuria, la pena y la miseria de quienes dejamos que mueran dos veces: una por no hacer nada por evitarlo, y otra con el olvido al que los sometemos cuando la sangre deja de ser noticia de portada en los medios de comunicación.

En esos países terceros la sangre, la miseria y el asesinato masivo no son noticia. Los terremotos, en cambio, sí, siempre que no vengan seguidos de algún importante acontecimiento deportivo. Las noticias del terremoto de Turquía, de este verano, duraron lo que tardaron en empezar los Campeonatos del mundo de Atletismo de Sevilla. Los esfuerzos físicos de los atletas sustituyeron rápidamente los esfuerzos de tantos voluntarios que luchaban contra el cronómetro para salvar la vida que se apagaba entre los escombros.

Se que algunos o muchos calificarán este discurso de voluntarista o utópico; una Asamblea legislativa mundial, un mundo sin fronteras y, si me apuran, un gobierno mundial, es una propuesta que ni siquiera será tomada en cuenta por los

que ignoran que eso ya existe de hecho; ¿Es que no hay ya un país que decide donde se puede invertir, cuando se puede intervenir militarmente, o cuando interesa una dictadura o una democracia?.

Hace unos años Extremadura fue pionera en el 0,7% y ahora. “declaro simbólicamente a Extremadura como comunidad abierta a todos los seres humanos, sin distinción de nacionalidad u origen, y afirmo que, en nuestra comunidad, ningún ser humano puede ser calificado como ilegal.

